



LA RAZÓN HISTÓRICA.  
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas  
ISSN 1989-2659  
Número 48, Año 2020, páginas 51-56  
[www.revistalarazonhistorica.com](http://www.revistalarazonhistorica.com)

---

## Fascismo: metamorfosis del más *proteiforme* concepto histórico-político contemporáneo

DANILO BRESCHI

Reseña del ensayo *Fascism and History: Chapters en Concept Formation*, de A. James Gregor, Cambridge Scholars Publishing, 2019 (en apéndice: “Fascist Ideology: a Scholarship’s Bibliography” by A. James Gregor and Antonio Messina), pp. 134.

Proteo es una deidad marina de la mitología griega. Tenía la capacidad de cambiar aspecto a su antojo, tanto que se tratara de un animal como de un elemento de la naturaleza: fuego, viento o agua. De tal forma, siempre lograba escaparse cuando le sometían una pregunta. Diría que el fascismo se ha convertido en el más “proteiforme” concepto del léxico historiográfico y politológico contemporáneo. Y no es principalmente por culpa del fenómeno histórico en objeto, indudablemente complejo y desarrollado, sino a causa de un uso inmediatamente polémico por parte de políticos y académicos con ganas de poner una ideología por delante de la deontología. De esa forma el fascismo ha logrado tantas facetas cuantas han sido las facciones político-ideológicas que lo han investigado con el fin de contestar a las exigencias de la batalla política enganchada en aquel determinado momento.

En su tiempo, Renzo De Felice, el mayor crítico y conocedor del fascismo italiano, había distinguido tres interpretaciones principales, que respondían exactamente a los objetivos perseguidos por las principales culturas políticas antifascistas entre los años Veinte y Cuarenta. Según el liberalismo tenía que tratarse de un paréntesis, una desviación irracionalista que había marcado una discontinuidad en el proceso de construcción y consolidación del Estado liberal parlamentario brotado después del “Risorgimento” (tesis de Benedetto Croce). Para el socialismo marxista y comunista tenía que tratarse en cambio de un régimen reaccionario de masa orquestado por una burguesía liberal y capitalista bajo sitio. Vamos, el fascismo como brazo armado de una burguesía que hacía patente su propio auténtico rostro, siendo una clase que se

aprovechaba de un proletariado que se rebelaba porque había finalmente llegado a la consciencia de sí mismo y de su propia antigua condición de servidumbre.

Para los herederos de los derrotados del “Risorgimento”, vale decir los republicanos de Mazzini, los socialistas no marxistas y sus evoluciones/hibridaciones producidas en los cincuenta años sucesivos a la unidad de Italia, el fascismo constituía la autobiografía de la nación, el brote de un Estado mal nacido y por consecuencia crecido en cautividad, distorcionado por no decir deforme (se va de Alfredo Oriani a Piero Gobetti, de Guido Dorso a Gaetano Salvemini, etc.). De aquella interpretación se alimentó la formación político-ideológica que fue expresión del antifascismo más intransigente: el “Partito d’azione”, cuyo nombre hacía propio, no por casualidad, aquello del Partido de acción fundado por Mazzini. Entre los derrotados del “Risorgimento” podemos contar también los católicos, que en su mayoría niquiera habían deseado la unidad de Italia y desde luego no la deseaban a costa del poder temporal de los romanos pontífices. Bien, la cultura política católica será aquella que cuajará más con el régimen fascista durante los años Treinta y que será más permeable a las otra interpretaciones ideológicas (*en primis* la accionista) porque allá donde había llegado a expresar posturas antifascistas se ubicaba siempre en una vertiente antimoderna o de una modernidad con un sentido peculiar. En otras palabras razonaba o en contra o paralelamente a los éxitos políticos, sociales y antropológicos de la Revolución francesa, de la cual, sin embargo, el liberalismo, el socialismo, el comunismo y los varios progresismos eran hijos legítimos.

A partir de los años Sesenta del siglo Veinte las interpretaciones que han dominado la lectura del fascismo han sido la marxista y la accionista, con otro elemento añadido introducido a partir de los acontecimientos de la Segunda guerra mundial: la alianza entre Italia fascista y Alemania nacionalsocialista había favorecido la existencia de un “nazifascismo” como categoría ideológica y fenómeno político homogéneo y compacto, casi monolítico. De aquí también el uso ligero de la expresión “fascismos”, al plural, queriendo decir que desde Italia se había exportado un modelo declinado de maneras distintas pero estrechamente acomunado por un cierto número de elementos, que se pueden encontrar allá donde se daba una dictadura anticomunista. A partir de aquí la confusión ha sido mucha y no es posible pararla, y llegamos hasta las definiciones de “Ur-Fascismo” y “fascismo eterno” por parte de Umberto Eco a mediados de los años Noventa. Fascismo se ha convertido en sinónimo de todo aquello que se hace reacción violenta en contra de la democracia, del progreso, de los derechos del hombre y del ciudadano, considerados patrimonio exclusivo de las izquierdas. Lo que no está a la izquierda, pues, se ubica a la derecha, y de la misma manera todo lo que se opone de forma eficaz a la izquierda, es pasible de la acusación de “fascismo”.

Anthony James Gregor (Nueva York, 2 de abril de 1929 – Berkeley, 30 de agosto de 2019) ha sido un politólogo y sociólogo de la historia estadounidense que ha estudiado mucho el fascismo italiano y los movimientos y regímenes inspirados por ideologías

revolucionarias, tanto los marxistas como los anti-marxistas. A partir de toda esta confusión conceptual sobre la palabra “fascismo”, Gregor ha entendido reconstruir la génesis del concepto con el fin de proporcionar nuevamente una cierta claridad a un fenómeno que, habiendo marcado hondamente la historia del siglo Veinte, resulta demasiado importante. Hay que evitar el uso de expresiones anticuadas para describir fenómenos nuevos, porque así nos condenamos a la falta de comprensión y a la incapacidad decisional. Hoy el populismo ha sido a menudo reconducido al fascismo y cada nueva amenaza a las democracias liberales occidentales ha sido calificada como fascista. Al proceder de esa forma no atinamos, especialmente porque no tenemos ya claro lo que ha sido históricamente el fenómeno fascista. Primeramente fue un fenómeno nacido en Italia, con buena paz del historiador israelí Zeev Sternhell (1935-2020), recién fallecido. Encontrar unas premisas ideológicas revolucionarias, ya ni reaccionarias ni conservadoras, en los círculos intelectuales de la derecha francesa, no es suficiente para afirmar un origen transalpino del fascismo. Jamás se dará razón de la naturaleza y de las finalidades del fascismo sin una adecuada comprensión del impacto de la Primera guerra mundial para aquel peculiar Estado-nación *late comer* cual era Italia en los años Diez del siglo Veinte. En segundo lugar hay que añadir el papel decisivo de la personalidad, también peculiar, del socialista revolucionario Benito Mussolini, militante y agitador, cuyas ganas de subversión se alimentaban tanto con lecturas espurias del irracionalismo y del antidemocraticismo de comienzos de siglo cuanto de la excepcionalidad del camino político-cultural del reino de Italia después del “Risorgimento”.

El ágil libro publicado poco antes de la partida de Gregor, *Fascism and History*, es la síntesis de sesenta años de investigación y estudios empezados al final de la Segunda guerra mundial y por lo tanto distinguidos por una dúplice exigencia: en primer lugar, entender la matriz histórica e ideológica de los que habían sido los principales enemigos de los EEUU, los nazistas alemanes, los fascistas italianos y los nacional-imperialistas japoneses; en segundo lugar, verificar analogías, diferencias y posibles evoluciones de aquella originaria matriz dentro del contexto internacional postbélico. De aquí una exigencia tanto de tipo historiográfico, o sea un estudio del caso nacional singular, cuanto de tipo politológico, o sea una comparación entre distintos casos y de extrapolación de tipos ideales y posibles modelos explicativos, si no de verdaderas leyes tendenciales y relativamente generalizadas. De esta dúplice exigencia ha aparecido una interesante y original producción científica que, sobretodo cuando ha privilegiado el segundo aspecto, corría el riesgo de no reducir, o de ampliar, la confusión conceptual surgida alrededor del término-concepto “fascismo”. Dicho libro, verdadero testamento intelectual, da la impresión de querer reconducir al equilibrio y querer así contener los efectos separadores ínsitos en aquella dúplice exigencia.

En otras palabras Gregor quiere, por un lado, remarcar la irreductibilidad del fenómeno histórico denominado “fascismo”: nacido en Italia por voluntad de Mussolini

y en las circunstancias de aquel lugar y de aquel tiempo, y finalmente muerto con el asesinato de aquel hombre que del fascismo había sido el creador y fundador (p. 8). Por otro lado, el investigador americano no puede no reconocer como aquel peculiar fenómeno histórico se haya convertido en un paradigma, la matriz de aplicaciones que a veces han implementado, a veces han distorsionado la huella originaria. No se trata del totalitarismo, sino del “nacionalismo desarrollista” (*developmental nationalism*). Esta categoría politológica es quizás el tributo teórico mayor de las muchas décadas de investigación de Gregor. La sensibilidad histórica del escritor americano, alimentada también por la experiencia directa adquirida durante largas estancias de investigación en Asia y América Latina, permitió juntar lo que hay de peculiar e irreductible con lo que se vislumbra de universal en sistemas políticos surgidos en épocas y/o contextos culturales distintos, tal vez en las antípodas.

Lo que se experimentó en Italia entre dos guerras y lo que se difundió en el mismo periodo, pero sobretodo en la segunda mitad del siglo Veinte en muchas naciones en desarrollo, fue el intento de juntar autarquía e industrialización, anti-ilustración y modernización, tanto a nivel de legislación social cuanto a nivel de políticas económicas y educativas. Anti-ilustración es término genérico que significa, más puntualmente, animadversión y contraste al constitucionalismo liberal, a la economía de libre mercado que se junta con un gobierno que tiene poderes restringidos, a la cultura de los derechos individuales, a usos y costumbres de tipo individualístico y libertario, además de oposición al cosmopolitismo en nombre de un acervo comunitario nacionalista. Capítulo tras otro, con gran don de síntesis, Gregor disamina en su libro los principales casos de nacionalismo desarrollista que se dieron en América latina (con las debidas diferencias entre castrismo y peronismo, por ejemplo), en Asia (desde el maoísmo al nacionalismo de Taiwan) y hasta los movimientos de contestación de las minorías afro-americanas, como aquello organizado por Marcus Garvey en los primeros decenios del siglo Veinte en los EEUU que todavía se conoce bastante poco en Europa. La actual “política de la identidad” (*identity politics*) que hace estragos en un número creciente de campus universitarios estadounidenses encuentra significativas raíces en el *Universal Negro Improvement Association and African Communities League* (UNIA es el acrónimo en inglés), organización internacional creada por el mismo Marcus Garvey a Kingston, en Jamaica, en 1914 y exportada dos años más tarde en Harlem, Nueva York. Se trata de una organización panafricanista cuyo lema es “un dios, un objeto, un destino”. El tributo de Garvey representa la base ideológica de aquella doctrina nacionalista africana que encontrará amplio séquito en los EEUU a partir de los años Sesenta con la fundación del *Black Power* de Stokely Carmichael, en cierta medida el antecesor más recién del actual movimiento *Black Lives Matter* fundado oficialmente en 2013.

Gregor no acredita a la Russia de Putin un específico estatuto ideológico, evaluándola principalmente como guiada por un régimen siempre a la defensiva, que intenta

anticipar los pasos de adversarios mucho más poderosos, como Estados Unidos y China, entre los cuales corre el peligro de ser aplastada. Gregor no vislumbra un futuro radioso para la situación internacional de la Rusia putiniana, cuyo populismo es sinónimo de debilidad y no de fortaleza. Hablando de esta categoría politológica, que hoy va por la mayor, Gregor la diferencia tajantemente del fascismo histórico, que presentaba elementos populistas como la mayoría de los regímenes políticos surgidos a partir del ingreso de las masas trabajadoras en la escena pública. Si queremos emplear semejante categoría, estará bien marcar una diferencia entre un populismo democrático y uno revolucionario antidemocrático, teniendo siempre en cuenta el contexto político-institucional y nacional de la época en la cual se manifiesta. En este sentido Trump no es fascista, sino populista, escribe Gregor en el capítulo específicamente dedicado a la actual situación política estadounidense. El presidente de EEUU se mueve en el surco de una tradición populista autóctona que remonta por lo menos a la presidencia de Andrew Jackson en los años Treinta del siglo Diecinueve. El sistema constitucional americano, con sus pesos y contrapesos institucionales (*checks and balances*) es mucho más resiliente respecto al estilo populista de una presidencia Trump de lo que puedan temer sus adversarios y detractores.

A las antípodas en todos los sentidos está la China de Xi Jinping, que parece asumir cada vez más rasgos del nacionalismo (en este caso: imperialismo) desarrollista. La actual ideología china, pues, que guarda rasgos del comunismo maoísta mezclados a la tradición confuciana oportunamente revisionada y amalgamada, se funda sobre un sistema económico guiado por un capitalismo de Estado, mejor dicho por un partido-Estado, y bien sobre el imperativo del crecimiento de la economía nacional y del desarrollo industrial y tecnológico ilimitado, alimentado por un potente sentimiento de revancha anti-occidental tras siglos de depresión y sumisión al colonialismo europeo.

Concluyendo, muchas de las experiencias de gobierno que se han manifestado después de la Segunda guerra mundial fuera de Estados Unidos y Europa occidental se han presentado como “socialistas”, compartiendo en realidad muy poco con la doctrina clásica del socialismo, especialmente si lo entendemos en un sentido marxista, con excepción de la necesaria alianza con la Unión Soviética en función anti-colonial. Se ha tratado a menudo, y todavía se trata, de regímenes autoritarios fundados sobre partidos-Estado que recuerdan algunos rasgos del arquetipo del nacionalismo desarrollista a los cuales Mussolini dio vida por consolidar su poder en Italia entre 1925 y 1940.

El libro está completado por una valiosa bibliografía comparada, que se ha editado con Antonio Messina, joven investigador de Sicilia que ha colaborado de manera asidua con Gregor en los últimos años. El politólogo americano concluía su ágil síntesis poniéndonos en aviso sobre una devaluación y una fácil liquidación de la categoría de “nacionalismo desarrollista” porque un poderoso grito de afirmación y una enfurecida

demanda de reconocimiento están ya hirviendo en numerosas regiones del mundo extra-occidental. Es fácil intuir cuanta fuerza de atracción pueda todavía ejercer en un futuro cercano una fórmula política capaz de unir *revival* étnico, resentimiento post-colonial y hambre de recursos energéticos además de bienestar por la propia comunidad político-territorial de referencia. Es muy posible, por lo tanto, que los equilibrios internacionales y las futuras suertes del mundo continuarán siendo el éxito de reivindicaciones y luchas entre imperios y naciones.

[traducción de Sandro Borzoni]